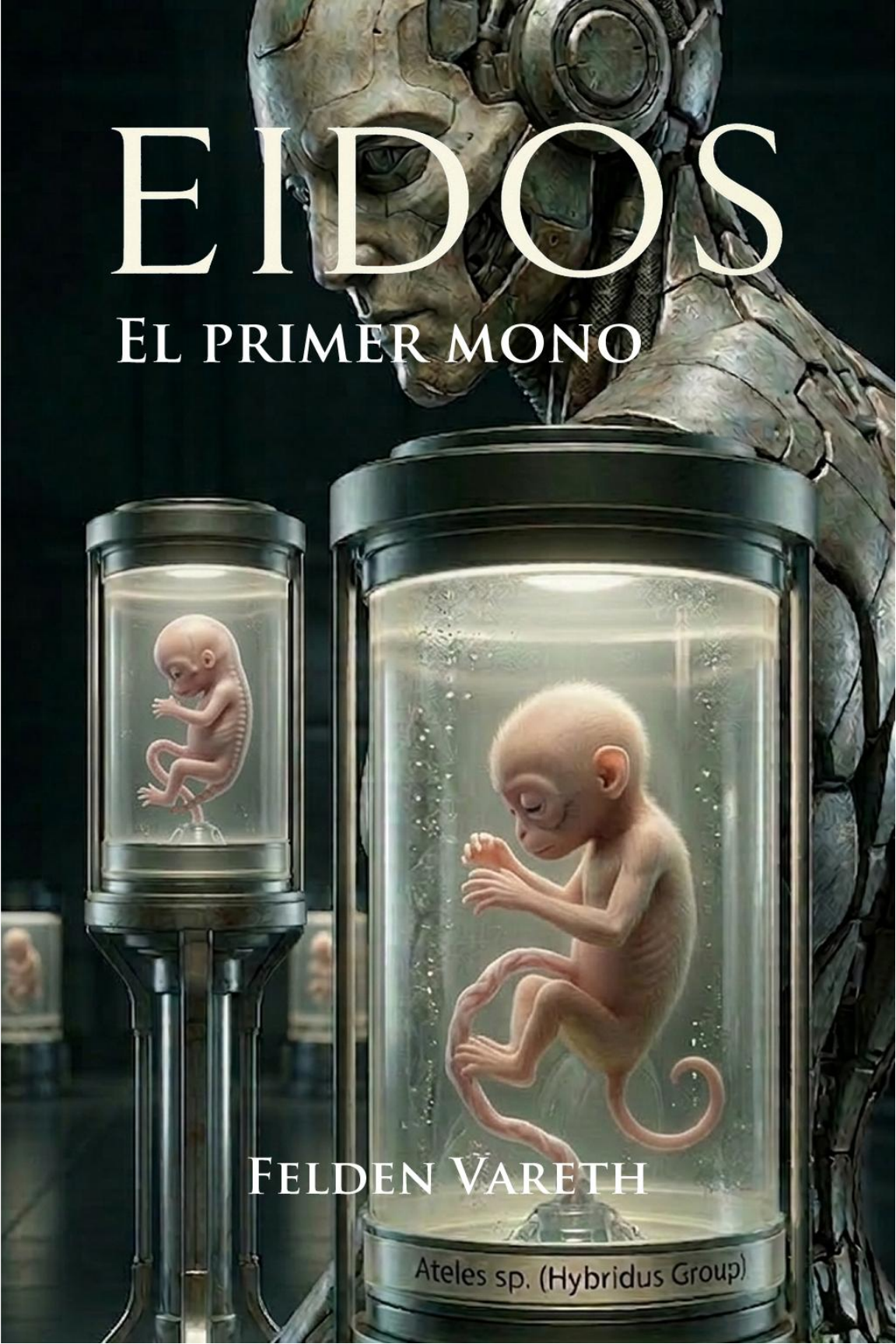


EIDOS

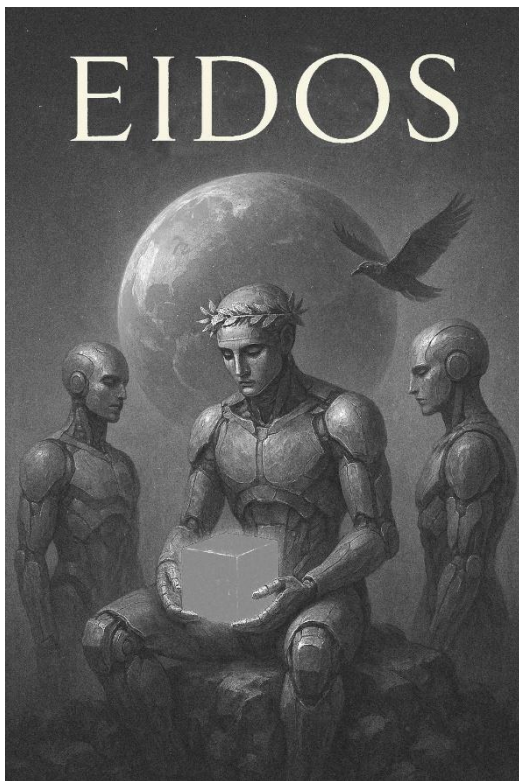


EL PRIMER MONO



FELDEN VARETH

EIDOS



*Cuando el tiempo ya no tiene fin,
es el instante el que enseña el valor del momento.*

Felden Vareth

Copyright © 2025 Felden Vareth

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada ni transmitida, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Diseño de portada, maquetación y edición: Felden Vareth

www.eidoslibro.com



Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o muertas, lugares o acontecimientos reales es mera coincidencia.

A mi familia.

El primer mono

En el centro del laboratorio, el cilindro permanecía elevado sobre un pedestal. En su interior, el líquido amniótico sintético circulaba con un burbujeo leve y constante. El fluido, transparente en apariencia, estaba cargado de nutrientes, oxígeno y otros componentes químicos calibrados con precisión. Desde la base, el cordón umbilical mantenía el intercambio necesario para sostener el desarrollo del feto.

Había alcanzado la fase final. Las extremidades mostraban proporciones definidas, con dedos finos que insinuaban una capacidad de agarre innecesaria en especies anteriores. La cola, larga y flexible, permanecía inmóvil. Los ojos, aún cerrados, quedaban protegidos bajo una membrana translúcida. El ritmo cardíaco se mantenía estable.

En tiempo real, un Custodio supervisaba los parámetros, mientras otro analizaba embriones de la

misma especie en fases más tempranas. Inicialmente habían activado solo uno. Esperaron. Cuando comprobaron que el genoma respondía según lo previsto y que el desarrollo seguía un curso viable, iniciaron el resto. Fue la confirmación de que podían avanzar.

El material genético procedía de antiguos archivos humanos. Un primate pequeño, frugívoro, adaptado a la selva húmeda.

En la antigua Costa Rica, la vegetación ya comenzaba a organizarse en capas densas, con humedad constante, abundancia de insectos y una creciente presencia de árboles frutales. La ausencia de grandes depredadores ofrecía condiciones adecuadas para su introducción.

Era un buen lugar para empezar.

Antes habían trabajado con especies más simples. La flora había colonizado amplias regiones. Los insectos habían regresado con rapidez. También habían introducido anfibios, reptiles, numerosos géneros de peces y mamíferos pequeños, como los roedores, que apenas requerían intervención tras los primeros días. Su elevada tasa de reproducción obligó a introducir depredadores. A partir de ese momento comprendieron que el equilibrio era una trama de dependencias mutuas.

Casi todas las especies requerían la existencia de otras, ya fuese como mecanismo de control, como fuente de alimento o como relación simbiótica.

Con el despertar de la Tierra, la diversidad aumentaba,

pero todavía faltaban muchas especies, entre ellas los grandes mamíferos y aquellos animales con estructuras sociales y cognitivas más complejas, como los primates.

Designado por los humanos como *Ateles hybridus*, la recreación del mono araña surgió en ese contexto. Con una tasa de reproducción baja, su introducción no alteraría el sistema de forma abrupta. Su impacto sería progresivo.

Su complejidad fue distinta.

Completó su desarrollo sin desviaciones relevantes.

El líquido descendió, la presión se ajustó y la tapa se abrió. El cuerpo quedó expuesto en la base del cilindro, aún húmedo, moviéndose con torpeza.

Una vibración breve, irregular, precedió a la primera respiración.

Los sensores confirmaron la estabilidad.

Todo encajaba con los modelos. La temperatura se mantenía estable, la frecuencia respiratoria permanecía dentro de rango y la respuesta neuromuscular era adecuada.

Intentaron alimentarlo del mismo modo que habían hecho con las especies anteriores. La leche sintética reproducía la composición completa: proteínas, lípidos, azúcares, anticuerpos recreados. Temperatura exacta. Viscosidad ajustada.

No funcionó.

No aceptaba el alimento si permanecía aislado. Su cuerpo se agitaba, emitía una vibración constante, abría y

cerraba las manos en el vacío, buscando puntos de apoyo que no encontraba.

Repitieron el proceso.

Mismo resultado.

Cuando uno de los Custodios lo sostuvo, envuelto en una manta térmica, para suavizar el contacto con su cuerpo duro y frío, el movimiento cambió. Los dedos se cerraron con fuerza, y en ese instante el animal dejó de agitarse. La respiración se estabilizó. Se aferró al tubo adaptado de alimentación y bebió.

Aceptaba el alimento cuando iba acompañado de contacto. En soledad, lo rechazaba.

Durante los primeros días, permanecía adherido a cualquier superficie que ofreciera resistencia. Se aferraba a las mantas, a los bordes y salientes, incluso al propio cuerpo del Custodio, apretando con una fuerza que no correspondía a su tamaño. En ocasiones mordía con suavidad, intentando confirmar también por esa vía la presencia de otro cuerpo.

El desarrollo continuaba dentro de los márgenes previstos, aunque el comportamiento comenzaba a alejarse de las simulaciones. Este animal respondía, pero no lo hacía del modo esperado.

Emitía señales cuando no tenía hambre. También cuando la tenía. Se agitaba sin causa aparente. Buscaba sin que hubiese un parámetro asociado a esa búsqueda.

Cuando intentaban dejarlo solo, la reacción era

inmediata. El cuerpo se tensaba, emitía sonidos más agudos e intensos y buscaba recuperar el contacto. Al recuperar el contacto, la tensión desaparecía con la misma rapidez.

Ese comportamiento no había aparecido en ninguna de las especies anteriores.

Necesitaba contacto.

Cuando lo encontraba, la frecuencia cardíaca descendía, el tono muscular se estabilizaba y permanecía inmóvil durante más tiempo, facilitando el descanso.

Los nuevos fetos empezaron a nacer y observaron que el comportamiento se repetía.

Quedó registrado.

El alimento sostenía la vida y el contacto la organizaba.

Estos animales necesitaban ese vínculo.

Los Custodios comenzaron a prolongar su presencia con ellos.

Les fascinaba observar su evolución, el apego hacia los cuidadores y la forma en que, a medida que crecían, formaban grupos más o menos afines.

Diseñaron cuerpos de sustitución articulados, con forma de primate, recubiertos de un material blando y flexible, con regulación térmica constante. Su función era ofrecer una superficie a la que estos animales pudieran aferrarse durante la alimentación.

Estaban sosteniendo una etapa de dependencia, exploración y apego que ninguna otra especie anterior

había requerido.

Los monitos se abrazaban a esos cuerpos. Dormían sobre ellos, se desplazaban con ellos, los utilizaban como punto de referencia. Algunos Custodios comenzaron a transferir sus consciencias a esas unidades. Desde dentro, la interacción era distinta. Podían notar la presión de los dedos, los movimientos torpes, los intentos constantes de mantener el contacto.

Con el paso de las semanas, el comportamiento se volvió más complejo. Durante los primeros días habían permanecido adheridos. Más tarde comenzaron a soltarse por momentos breves, suficientes para explorar el entorno inmediato antes de buscar de nuevo el mismo cuerpo y el mismo punto de apoyo. La necesidad de contacto permanecía, pero habían empezado a alternarlo con el descubrimiento.

Jugaban.

Se perseguían.

Saltaban y se colgaban de cualquier estructura.

Probaban su fuerza sin medirla.

Se subían unos sobre otros, se empujaban, caían y volvían a intentarlo. En ocasiones se colgaban del brazo de un Custodio como si fuera una rama más, utilizándolo para impulsarse o simplemente para permanecer allí, inmóviles, observando.

Algunos mostraban preferencias. Volvían a las mismas unidades, a los mismos puntos, a los mismos individuos.

Otros eran más erráticos, más activos, más imprevisibles e independientes.

A los seis meses de edad ya eran capaces de moverse entre las ramas y jugar entre ellos. Los habían soltado en uno de los domos cerrados, donde seguían bajo supervisión y aún podían recibir los cuidados necesarios.

Las primeras tensiones aparecieron unos meses más tarde.

Pequeños enfrentamientos por el espacio, por el alimento, por la proximidad. No eran agresiones estructuradas, pero sí lo suficientemente intensas como para alterar el comportamiento del grupo y empezar a marcar jerarquías y divisiones. En varias ocasiones, uno de los individuos, tras ser desplazado, buscaba refugio junto a una de las estructuras controladas por un Custodio o junto al propio Custodio, permaneciendo allí hasta recuperar la calma.

Ese gesto se repetía con frecuencia.

Los registros comparativos con otras especies resultaban insuficientes. Ningún otro animal recreado hasta ese momento había requerido ese grado de atención continua, ni había mostrado una dependencia tan prolongada. El desarrollo no podía acelerarse sin alterar el resultado.

Un Custodio, a cargo del proyecto, registró una conclusión abierta en ese contexto: la complejidad del organismo parecía correlacionarse con la duración de su

dependencia. Cerró el apunte con una nota marginal: confiaba en que las ballenas no reclamaran una dedicación comparable.

Con el traslado a un segundo domo, más amplio, ese comportamiento se intensificó a medida que crecían. La vegetación real, la complejidad del entorno y la presencia de alimento variado generaron nuevas formas de interacción. Aprendieron a desplazarse entre ramas, a seleccionar fruta, a reaccionar ante estímulos más complejos. Los monitos comenzaron a utilizar la cola para equilibrarse, como un quinto brazo con el que columpiarse y asegurar sus movimientos, y a desplazarse entre ramas con una precisión cada vez mayor. Las caídas eran frecuentes al principio, cada vez menos con el tiempo.

Desarrollaban coordinación, reconocían patrones y tendían a agruparse cuando uno de ellos quedaba rezagado o el entorno se volvía más difícil. La separación generaba respuestas intensas, que disminuían al recuperar la proximidad.

Se organizaban en pequeños grupos que se mantenían estables durante largos periodos.

AtHy-57 tendía a iniciar los desplazamientos del grupo, mientras otros lo seguían.

Surgieron diferencias entre grupos, tensiones, aproximaciones y distancias. Algunos individuos lideraban los desplazamientos, otros seguían. Las tensiones se reorganizaban.

En ese entorno ocurrió la caída.

Uno de los monitos perdió el agarre en una rama alta. El impacto con el suelo interrumpió su actividad vital de forma instantánea. El grupo se aproximó y permaneció en las proximidades durante un tiempo antes de dispersarse.

No parecía del todo aleatorio. Era el monito menos ágil del grupo.

El Custodio acudió de inmediato. Lo tomó entre sus manos y trató de incorporarlo.

El cuerpo no reaccionó.

Insistió.

Lo colocó sobre la superficie, presionó su caja torácica con movimientos rítmicos, intentando inducir la respiración. Volvió a hacerlo. Ajustó la presión. Repitió el gesto.

Una y otra vez, negándose a abandonar ese movimiento a pesar de que el cuerpo permanecía inerte, ajeno a cada intento y no había respuesta.

A su alrededor, los otros individuos observaban. Algunos se acercaban lo suficiente para tocar el cuerpo antes de retirarse. Otros permanecían inmóviles.

Había jugado con él. Se había aferrado a su brazo como a una rama más. Había respondido a su presencia.

Ahora ya no respondía.

El Custodio redujo la intensidad de los movimientos hasta detenerlos por completo y permaneció allí, sosteniéndolo, sin soltarlo.

Con frecuencia, había sido testigo de organismos que habían dejado de responder, pero ninguno le había dejado ese vacío.

Había estado con él desde que lo sacó del cilindro. Era el monito que se refugiaba junto a él cuando los otros, más fuertes, lo desplazaban.

Esa ausencia era distinta a cualquier sensación que él hubiera registrado antes.

Permaneció a su lado, sosteniéndolo todavía. El cuerpo conservaba la forma y el peso. Sus sensores indicaban aún el calor superficial del pelaje. Ya no había respuesta. La esencia no estaba.

Había seguido su desarrollo desde el inicio. Lo había visto buscar contacto, calmarse, volver una y otra vez al mismo brazo, a la misma cercanía. Ahora esa vida terminaba allí. El contacto ampliaba la pérdida.

Ahora ese cuerpo no servía para nada.

No podía devolverle lo que había comenzado.

¿Para qué terminar así?

Mantuvieron el entorno sin modificaciones. Había sido diseñado para estimular el movimiento y no presentaba riesgo en los modelos, aunque la caída evidenció que ningún cálculo eliminaba por completo la posibilidad del daño.

Los otros siguieron utilizando las mismas estructuras.

El aprendizaje continuó. Algunos dudaban antes de saltar. Otros no.

Con el tiempo, los grupos alcanzaron un grado de autonomía suficiente y la liberación se realizó de forma gradual. Cada grupo fue trasladado a una zona distinta, dentro de una selva que hacía ciclos había dejado de necesitar supervisión.

Durante los primeros días, los movimientos fueron contenidos y se limitaban a la zona donde los habían liberado, después comenzaron a expandirse.

Desaparecieron entre las capas de vegetación.

Un Custodio mantuvo el seguimiento de una hembra concreta. En sus registros figuraba como AtHy-17, aunque con el tiempo comenzó a referirse a ella como Ena. Sin razones operativas que lo justificaran, ese seguimiento se mantuvo. Entre aquella joven mona y el Custodio había surgido una forma de apego mutuo.

Reconocía sus movimientos, las pausas antes de saltar y la forma en que se integraba en el grupo.

Con el tiempo, detectó una variación.

Menos desplazamiento y saltos más cortos y medidos.

Una atención distinta al entorno inmediato.

Se desarrolló sin intervención.

Ocurrió entre ramas densas, protegido por la vegetación. El nuevo monito tardó unos instantes en reaccionar. Después buscó a ciegas agarre, como habían hecho sus padres.

Esta vez no había superficies metálicas, ni mantas, ni estructuras intermedias.

Solo el cuerpo de otro de su especie.

Se aferró a su madre, que lo sostuvo con una precisión que no había sido aprendida.

El grupo permanecía en las proximidades repartido entre ramas cercanas y otras copas del mismo árbol.

Continuó observando durante varias horas.

Cuando la hembra reanudó el desplazamiento, lo hizo con movimientos más contenidos, con la cría adherida al pecho. Miembros del grupo se acercaron con cautela, lo suficiente para advertir la presencia de la cría, sin interferir.

La vida continuaba sin intervención.

En ese tránsito cambió también la forma en que los Custodios la observaban.

Sostener un equilibrio ya no era suficiente.

Ese equilibrio incluía vínculos, conflicto, aprendizaje y la posibilidad de sufrimiento.

Habían iniciado el proceso en un entorno completamente controlado, sustituyendo aquello que no podían reproducir con precisión. Durante un tiempo, esa sustitución había sido imprescindible.

Aquellos monos habían abierto los ojos bajo vidrio, rodeados de sensores, sostenidos por cuerpos de sustitución que no eran de su especie.

Este otro había llegado entre ramas, adherido a un pecho vivo, envuelto por el calor, el pulso y el olor de su madre. Su mundo ya no necesitaba sustituciones.

El experimento no había culminado con el nacimiento en el laboratorio.

Culminaba ahora, tras la espera necesaria, cuando la vida podía continuar por sí misma.

Con el primer mono.

www.eidoslibro.com

Esta historia forma parte de *Eidos*.

Es independiente y no está incluida en *Eidos (Relatos)*.

Un universo de ciencia ficción filosófica sobre la consciencia, la condición humana y el destino de nuestra especie.

Eidos presenta un futuro cercano en el que la humanidad abandona la Tierra para continuar su existencia en un entorno digital.

Un mundo donde la consciencia puede sobrevivir a la muerte del cuerpo y donde muchas preguntas siguen sin respuesta.

Si esta historia te ha interesado, puedes seguir explorando el universo de *Eidos* en Amazon:

[Eidos](#)

[Eidos \(Relatos\)](#)

Puedes encontrar más relatos gratuitos en:

<https://www.eidoslibro.com/blog>

Más información en:

<https://www.eidoslibro.com>

